

Cómo superar el temor

(Marcos 4.35—5.20)

Joe Schubert

¿Cómo le hacemos frente al temor? En este pasaje de la Escritura se narran dos sucesos que deben ayudarnos a manejar el problema del temor. Se trata en realidad de dos milagros.

I. CÓMO SUPERAR LAS TEMPESTADES QUE SE LEVANTAN A NUESTRO ALREDEDOR (4.35–41)

El primer milagro comienza en Marcos 4.35:

Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen? (vers.^{os} 35–41).

Este evento ocurrió en un momento que Jesús estaba físicamente agotado. Se dio al final de un arduo día de enseñanza, ministración y sanación. Jesús estaba muy cansado. Entró en una barca y dijo a Sus discípulos: «Pasemos al otro lado del mar. Alejémonos de la gente».

Cuando Marcos dice que ellos lo tomaron «como estaba», da a entender claramente que Jesús no había planeado este viaje. Fue tal como estaba. No hizo preparativos para este viaje en particular.

También añade Marcos: «Y había también con él otras barcas». Este pequeño detalle, que sólo Marcos recoge, es interesante. Nos dice que había otras personas, además de los discípulos y Jesús, que presenciaron este gran milagro por el cual fue

calmada la tempestad. También nos dice cuán repentina e inesperadamente se levantó esta tempestad. Si el tiempo hubiera estado amenazando tempestad, ni Jesús, ni los discípulos, ni los que estaban en las demás barcas, habrían intentado cruzar el mar.

En el versículo 37 dice Marcos: «Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba». Se combinaron para este relato todos los elementos del más crudo dramatismo. Está la rugiente tempestad que se precipitó de repente sobre el mar. Esto sucede aún hoy día en el mar de Galilea. En ese áspero terreno montañoso, el viento puede tomar fuerza al avanzar por entre los estrechos pasos de montaña, y precipitarse violentamente sobre ese pequeño mar, creando una enorme tempestad en cuestión de minutos.

Cuando estos discípulos empezaron a navegar durante el período de calma de la noche, para cruzar hasta la ribera oriental, se levantó una tempestad así. En cuestión de minutos el mar estaba revolviéndose y las olas saltando dentro de la barca. La barca estaba en peligro de hundirse. Marcos la llama «una gran tempestad de viento», es decir, una violenta y rugiente tempestad que rápidamente pone en peligro la pequeña barca.

Jesús, dice Marcos, estaba durmiendo en la proa de la barca. Es éste un detalle humano que sólo Marcos recoge, detalle que una vez más nos hace muy real la humanidad de Jesús. Pero los discípulos lo despertaron bruscamente, y lo regañaron por Su aparente indiferencia hacia la seguridad de ellos. Lo despertaron y le preguntaron: «Maestro ¿no tienes cuidado que perecemos?». Esta pregunta está cargada de crítica y enojo. Marcos primero saca a la luz la verdadera humanidad de Jesús: Agotado, Éste duerme en la proa. Después, saca a la luz la verdadera humanidad de los apóstoles:

Éstos fueron ásperos al hablar con franqueza.

Marcos dice que el Señor se levantó, y sin decir palabra a Sus discípulos, reprendió los vientos y las olas. No sé qué esperaban los discípulos que Jesús hiciera. Tal vez pensaron que Él se levantaría y ayudaría a mover los remos o ayudaría a estabilizar la barca. Lo que sí sabemos es que les dejó estupefactos lo que hizo. Jesús se levantó y reprendió el viento y el mar. Le dijo al viento: «Calle», y a las olas: «Cálmense». En seguida hubo una gran calma. Eso hizo que los discípulos fueran literalmente presa del pánico. En todos los ocho kilómetros que había hasta la ribera oriental y en la totalidad del trayecto que llevaba a las montañas por la ribera noroccidental, hubo repentinamente una calma total. Los discípulos se dieron cuenta de que aquella tempestad había sido calmada sobrenaturalmente.

Las palabras que Jesús usó aquí en Marcos 4 para reprender el viento y las olas, son idénticas a las que usó en Marcos 1 para reprender al hombre que estaba poseído por un demonio. En ambos casos Él dijo: «Calla, enmudece». Esto es interesante por lo que puede estar indicando. Podría indicar que así como un demonio inmundo poseyó a un hombre en Marcos 1, la tempestad sobre el mar de Galilea fue resultado de la intervención de demonios en el ámbito de la naturaleza. Pablo habló en Efesios 6.12 acerca de fuerzas espirituales de maldad que el cristiano debe enfrentar. Dijo: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes». Puede ser que cuando Jesús calmó la tempestad Él se dirigió a fuerzas espirituales de maldad en las regiones celestes.

Apenas la calma se restauró, Jesús reprendió a los discípulos. Dijo: «¿Por qué están tan asustados?». ¿No fue ésta una pregunta extraña para unos hombres que acababan de estar en peligro de perder sus vidas? ¿Por qué no habrían de estar asustados?

Jesús señala la razón en sí por la que estaban asustados. Dijo: «¿Cómo no tenéis fe?». Habían perdido la fe. La fe es la solución para el temor. Esta es la primera lección que enseña este suceso. La fe es siempre la solución para el temor, cualquiera que sea la razón por la que el temor exista. Evidentemente, ya habían olvidado las verdades que Jesús les había enseñado en aquel Sermón del Monte. La fe en la bondad y el cuidado de Dios echa fuera nuestros temores. La fe en que Él nos ama y puede actuar entre nosotros, disipa

el temor.

Hay una lección más en este suceso, la lección en el sentido de que cuando la fe flaquea, la persona es llevada al umbral de una visión más amplia. Tan pronto como Jesús reprendió a los discípulos por su falta de fe, Marcos agrega en el versículo 41: «Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?». Así, de la flaqueza de su fe, resultó un indicio de la identidad de Jesús que los llenó de un profundo sentimiento de temor reverencial. Se preguntaron: «¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?». Ya habían estado varias semanas con Él a estas alturas, y aún así no entendían en realidad quién era Él. Aunque no pasaron la prueba de la fe, el haber flaqueado en ésta les abrió la puerta a una nueva expresión de fe que todavía estaba por venir.

El propósito de Jesús en estos eventos fue suscitar nuevamente la interrogante acerca de Su identidad. Esta interrogante sigue siendo pertinente. La expresión: «¿Quién es éste?», es una interrogante a la cual todo mundo debe hacer frente.

II. CÓMO SUPERAR LA MALDAD QUE HAY DENTRO DE NOSOTROS (5.1–20)

El segundo suceso nos enseña aún más acerca de los fracasos debidos al temor. Así dicen los versículos 1 al 13:

Vinieron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. Y cuando salió él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrodilló ante él. Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo. Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos. Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región. Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo. Y le rogaron todos los demonios, diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos. Y luego Jesús les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron.

Si en toda la Biblia, alguna vez hubo un relato vívido y espantoso, éste es. Piense en la hora cuando este suceso tuvo lugar. Debió de haber ocurrido en una hora avanzada de la noche, o por la noche, ya sea, al anochecer, o cuando ya estaba oscuro. Esto hace el relato aún más espantoso. Marcos 4.35 nos dijo que era avanzada la noche cuando Jesús y Sus amigos empezaron a navegar para cruzar el mar. Cruzaron el mar, en el transcurso de lo cual se encontraron con la fuerte tempestad que ya comentamos. Desembarcaron en la ribera oriental del mar, a ocho kilómetros de donde habían salido. Este encuentro con el hombre poseído por demonios, según Marcos 5.2, sucedió inmediatamente después de que Jesús salió de la barca. Era todavía la misma noche.

Se encontraban en una parte de la ribera del mar en la que había muchas cuevas en la roca caliza de los acantilados que miraban al mar de Galilea. En estas cuevas había muchos sepulcros en los que se habían depositado los cuerpos de los muertos. Aun a la mejor hora del día, este lugar habría sido muy espantoso. Pero por la noche, debió de haber sido en verdad lúgubre. De entre los sepulcros salió un hombre poseído por demonios. Era un lugar y una hora peligrosos, y Jesús y Sus discípulos se encontraban ante un hombre peligroso y violento.

El evento se narra con tanto lujo de detalles que se brindan varios vislumbres del carácter y la naturaleza de la posesión demoníaca. Tal vez lo más manifiesto acerca de la posesión demoníaca del siglo I, es que ésta hacía que los poseídos por los espíritus inmundos vivieran una vida muy extraña. Note, por ejemplo, lo que sabemos acerca de este hombre. Vivía entre los sepulcros, lo cual probablemente sea señal de que era rechazado por la sociedad y tenía que vivir como un paria social. El hecho de que anteriormente había sido atado de pies y manos es prueba de la conclusión en el sentido de que era rechazado por la sociedad en general y era mantenido en cadenas en las cuevas. El demonio era capaz de brindarle poderes sobrenaturales. Por este medio, el pobre hombre poseído por demonios, podía romper las cadenas. El hecho de que andaba dando voces pudo haber contribuido también a que se le considerara un paria. El que una persona anduviera entre la gente dando voces, sin duda habría alterado el curso normal de la vida y sido una razón adicional para que fuera rechazado por la sociedad. Este demoníaco, se nos dice, también practicaba una forma leve de automutilación. Marcos dice que se hería con piedras.

Era una persona gravemente trastornada y completamente desorientada en cuanto a las realidades de la vida. Tal trastorno tan extremo se volvía aún más extraordinario por el hecho de que conocía a Jesús. Él abiertamente hizo la pregunta en el versículo 7: «¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?». De hecho, una de las características regulares de la posesión demoníaca es que estos demonios reconocían a Jesús por lo que era, aun cuando la gente alrededor de Él no lo hacía. Tal vez en esto fue lo que pensó Santiago, en Santiago 2.19, cuando dijo de los demonios que ellos creen y tiemblan.

Cuán completamente poseído estaba este hombre es algo que se observa en la forma como hablaba. A veces usaba el singular, como si fuera él mismo el que estaba hablando. En otros momentos usaba el plural, como si el ejército de demonios que habitaba en él estuviera hablando. Cuando se le pregunta su nombre responde, en la segunda parte del versículo 9: «Legión me llamo; porque somos muchos». Una legión era un regimiento romano de aproximadamente seis mil soldados. No hay duda de que este pobre demoníaco había visto a menudo las legiones romanas marchando por las carreteras. Al considerar su condición llegó a la conclusión de que era todo un batallón de demonios, toda una legión de demonios, que habitaba en su cuerpo.

La posesión demoníaca era real en los tiempos neotestamentarios. No la confunda. Los eruditos modernos suelen identificar la posesión demoníaca del siglo I con varias clases de enfermedades mentales o padecimientos físicos. Sin embargo, aun en los evangelios se hace una clara distinción entre enfermedad mental y física por un lado, y la posesión demoníaca propiamente dicha, por el otro. Los autores inspirados se daban cuenta de que una y otra no eran lo mismo. Además, el hecho de que estos demonios reconocían a Jesús, y de que Jesús podía entablar una conversación con ellos, significa que estamos ante algo que es mucho más que enfermedad física o mental.

Según 1^{era} Juan 3.8, el propósito de la venida de Jesús a la tierra fue deshacer las obras del diablo. El hecho de que Jesús echaba fuera milagrosamente a los demonios constituyó un significativo paso hacia el logro de esa meta. Gracias a la victoria de Jesús sobre Satanás en Su ministerio personal y especialmente en Su resurrección del sepulcro, el poder de Satanás ha sido restringido en el mundo. La conclusión generalizada de los que creen en la Biblia, y que son conservadores, es que la posesión demoníaca, tal como existía en el siglo I, ya no se

manifiesta más en la tierra hoy día.

Las Escrituras en efecto hablan de un tiempo cuando los demonios serían echados de la tierra. En el relato paralelo que hace Mateo de esta misma sanidad, éste informa de que los demonios dijeron a Jesús, en Mateo 8.29: «¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?». Los demonios mismos reconocían que había un tiempo señalado cuando ellos serían echados de la tierra, cuando serían atormentados, como algunas versiones dicen.

Juntamente con este vislumbre de la identidad de Jesús, este demoníaco reconocía también el poder de Jesús sobre los demonios que había dentro de él. Sabía que Jesús podía exigirles cualquier cosa que quisiera. Cuenta el relato en el versículo 13: «Y luego Jesús les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron».

La muerte de estos cerdos parece extraña. Es un relato singular. Pero, aparentemente, la muerte de estos cerdos constituyó un tremendo testimonio para este demoníaco en el sentido de que los espíritus inmundos que una vez lo habían poseído ya estaban fuera, se habían ido, ahogado y muerto. Él estaba sano otra vez.

¿Cuál fue la reacción del pueblo a esta clara demostración de poder sobrenatural? Aunque usted no lo crea, fue la misma que los discípulos tuvieron cuando fue calmada la tempestad: una reacción de temor. Narra Marcos:

Y los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. Y les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos (vers.^{os} 14–17).

Uno creería que la respuesta natural a todo lo que había sucedido en esta ocasión, de parte del pueblo, sería de enorme regocijo y celebración. Pero no fue así. Fue todo lo contrario. Fue de temor. Uno creería que esta gente le habría pedido a este hombre con tales poderes sobrenaturales, que se quedara en la región de ellos y ejerciera aún más de Su poder en favor de ellos. Pero no fue así. Le rogaron que se fuera. ¿Por qué? Un hombre había sido sanado, pero los cerdos de ellos habían

sido destruidos. Aparentemente no deseaban más destrucción. Esta gente estaba aparentemente tan obsesionada y tan molesta por su pérdida material, que le pidieron a Jesús que saliera. La rutina de sus vidas había sido trastornada y deseaban que el elemento causante del trastorno fuera quitado tan pronto como fuera posible. El clamor generalizado de la mente humana es: «¡Por favor no me cause trastornos!». En general, lo que la gente desea es que se la deje en paz.

Lo más triste de todo este relato es que Jesús les concedió lo que pidieron. Salió de la tierra de ellos tal como se lo pidieron. Hay momentos cuando lo peor que nos puede pasar es que Dios nos conceda lo que le pedimos. En Salmos 106.15, se dice de Israel: «Y él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos». La gente de esta región sólo deseaba que este espantoso hombre sobrenatural los dejara en paz. El Señor cumplió con lo que a ellos les pareció mejor, cuando salió de la tierra de ellos.

Hay un marcado contraste entre la actitud de la gente y la actitud del demoníaco que fue sanado. Note el contraste:

Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban (vers.^{os} 18–20).

El pueblo de la región le rogó a Jesús que se fuera, y Éste les concedió su ruego. El demoníaco que fue sanado le rogó a Jesús que lo dejara continuar con Su compañía, pero Él rehusó concederle su petición.

Le dijo: «Vete a tu casa y dile a tus amigos lo que te ha sucedido». Esta respuesta está total y marcadamente en conflicto con lo que Jesús le dijo que hiciera al leproso de Marcos 1. Cuando analizamos aquel suceso nos preguntamos por qué Jesús le pidió que no le dijera a nadie que Él lo sanó. Pero ahora se dirige a este demoníaco sanado y le pidió todo lo contrario. ¿Por qué la diferencia? Una conjetura que parece plausible es que Jesús estaba saliendo de la región, tan sólo para volver una vez más. Al dejar a este demoníaco sanado allí, se cercioraba de que en esa región habría algún vocero de la verdad.

CONCLUSIÓN

¿Cuán significativos son estos dos sucesos en nuestras vidas? El mensaje fundamental de estos

relatos es que Jesús es el Señor. Jesús está al mando. Él puede someter las misteriosas fuerzas que hay dentro de nosotros, ya sean posesiones demoníacas del siglo I, o hábitos malignos y pecados del siglo veintiuno. También puede someter las misteriosas fuerzas que nos rodean. Juan dice en 1^{era} Juan 4.4: «[...] mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo». Con esa confianza, el Cristiano

puede hacerle frente a cualquier cosa que este mundo pueda producir, porque Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio (2^a Timoteo 1.7). Cristo puede capacitarlo a usted para que viva eficazmente de cara a todos los peligros de esta vida. Jesús es el Señor, y la victoria está asegurada para los que se entregan a sí mismos de todo corazón a Él.

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS